

LOS BRINDIS.

Lo natural y lógico es que cuando se hace un regalo, al presentarlo se ofrezca. Al sacar la cajetilla de cigarros es cuando decimos «¿fuma usted?» y no cuando el aceptante ha tirado ya la colilla.

En los banquetes es lo contrario.

Se ofrece el banquete cuando ya no hay manera de rehusarlo, puesto que ya todos lo tienen en el estómago.

La razón de esta sinrazón, si no es lógica, sí cuando menos es muy humana. Se brinda al final, cuando el estómago está lleno, el corazón contento y el ánimo dispuesto á sentir cariño, no solo por las razones de simpatía que pueden existir en estado normal, sino por el fermento de afecto y amor que levanta una rubia copa de champagne, juntamente con un alón de guajolote sabrosamente adobado!

¡Oh si se estilaran los brindis al principio de los Banquetes, con seguridad que al siguiente día se contarían los duelos á montones y las Boticas venderían bastante árnica para curar los chichones de la cabeza y los moretes de la cara!

Con hambre, no se pueden decir cosas dulces y agradables, sino ásperas y duras como mordiscos de lobo!

*

Tíntíntín

Se oye el típico sonido de un cuchillo contra una copa á medio llenar de vino tinto ó blanco.

El concurso se pone en pié. Las cabezas se estiran buscando quién sea el brindador. Chitones estruendosos acaban con los últimos girones de pláticas en alta voz. Solo se oyen los pasos y gritos de los meseros distraídos

«Señores»

Cuando el orador se pasó la noche en vela para hacer creer que improvisa con la facilidad de un Urueta, se arranca lijero, accionando con soltura, sonriente, como que se lo aprendió á machete!

Y cuando acaba aquella *recitación*, que nos recuerda los tiempos lejanos y dichosos de la escuela, el concurso aplaude.

¡Qué ideas tan bonitas! ¡Qué brindis tan brillante! ¡Qué elocuencia y qué facilidad!

He aquí las ventajas de los *brindis* á estómago lleno: nadie se fija en gazapos ni en disparates. Nadie cecea: todos aplauden contentísimos!

Sigue un paréntesis de abrazos para el orador: él, con la vista en la punta de los zapatos, para añadir á sus muchas cualidades una más: la modestia, dá las gracias y dice que no vale la pena.

Entre risas y elogios, los que van allí jurando guerra á muerte á todo lo comestible y bebestible, procuran arrasar con los platillos de golosinas y torres de frutas que están colocados de trecho en trecho

—Ha estado Vd. monumental ! Pásame las uvas!

—Qué ideas más brillantes Sírveme más dulce !

Tíntíntín

Vienen después los *brindis* de compromiso. «Qué hable *fulano!*» Y el pobre *fulano*, cuyas tripas le hierven de emoción, y siente indigesto el último platillo, se levanta y lanza el indispensable «*señores!*»

Pero como casi siempre se cierra y oscurece el cerebro, el *fulano* comienza á tartamudear, enmudece á ratos, mientras hace bolitas con la miga del pan (bolitas que quedan muy negras) á pesar de lo cual la inspiración no llega!

Los de cerca le *soplan*. Sale del atolladero como Dios le dá á entender.

Después vienen los *brindis* espontáneos. Los de todos aquellos que por las muchas copitas, se sienten capaces de todo!

Y ensartan disparates con una serenidad espartana, sin parpadear siquiera, hasta que un compasivo jalón de saco los hace caer sentados en la silla, casi ya en estado comatoso!

Y cuando se toca á retirada y todos se levantan para irse, aún queda alguno de estos brindadores impulsivos que lanza con la mirada media dormida y llorosa el «*Señores!*»

Por supuesto que este brindis lo oyen solamente los mozos, y eso cuando están en estado de oírlo!

BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEMENTO HOMO.....

(*La coquetería y el Miércoles de Ceniza*)

Acaba de pasar el miércoles de ceniza. Ese lúgubre día que viene á apagar las risas alegres del carnaval con el fúnebre recuerdo de que al fin y al cabo nos ha de llevar la trampa. La influencia de la humana coquetería se deja ver hasta en estas prácticas serias y tristes.

Anteriormente llegaban las parvadas de gente á tomar ceniza á las iglesias. El señor Cura, con un montón de ceniza en un plato, iba poniendo á los fieles, con el dedo gordo, sus sendas cruces.

La generalidad, más que cruz, se llevaba un borron en la frente, que para el caso era lo mismo.

Pero en estos tiempos de los aeroplanos y las enaguas ajustadas,—que hacen parecer á las mujeres paraguas con funda,—no hay sacerdote que se atreva á poner borrones de ceniza en lugar de cruces.

Hoy recortan un corcho convenientemente, y con él van poniendo coquetas crucecitas en las blancas frentes de las enlutadas y lindas señoritas....

«Acuérdate de que eres polvo y en polvo te has de convertir,» dice el sacerdote. ¿Pero ustedes creen que las muchachas bonitas se acuerden de semejantes cosas....? Ván pensando en lo que dirá el novio cuando las vea, ó en si quedarán más simpáticas con aquella negra cruz, en medio de la blanca frente!

Y ¡qué disgusto cuando la cruz les queda chueca, ó el corcho no quiso pintar como es debido!

Se encuentran en la calle dos amigas:

—Lola, cómo te vá! Ay, qué bonita cruz traes. Mira no más á mí lo que me han puesto!

—Por andar yendo á la Merced. ¡Si ya sabes que en la Universidad es donde ponen cruces más bonitas....!

Y la amiga de Lola sin decirlo á nadie, se borra su cruz en un rincón, con la punta del chal, y se va cabizbaja y contrita á la Universidad, á que le pongan una cruz bonita y graciosa.

Es la vanidad femenina, envolviendo en su vaho perfuma-

do todas las cosas de la vida: hasta las más tristes y respetables.

*

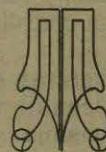
Las viejitas, en cambio; las que no necesitan oír al sacerdote para acordarse de que van á convertirse en polvo, y no muy tarde, no se preocupan por la forma más ó menos artística.

Lo que les importa es que les dure mucho.

Comienzan por untarse clara de huevo en la frente para que les pegue bien: y desde ese momento su afán es cuidar de que no se les borre.

En la noche se amarran una taza convenientemente, para resguardarla de las inclemencias de la almohada y ahí las tienen ustedes toda la cuaresma durmiendo boca arriba!

Por supuesto que, después de un mes, la cruz aquella, refrescada con ceniza de la cocina, es un certificado, no solo de amor y respeto al santo signio, sino de horror al agua y al baño y amor á la sangre!



SERMON CUARESIMAL.

Candil de la calle y obscuridad de tu casa.

Hermanos míos:

Hay, sin duda, entre los que me escuchan, personas casi dignas de toda estimación: caballeros honrados, que no roban sino lo muy necesario: señores probos y veraces, que no echan mentiras, sino cuando es preciso: maridos fieles, que no se descarrían sino cuando los convidan: sujetos en fin, virtuosos y dignos, de quienes nada puede decirse... en voz alta, al menos!

¡Sí hermanos míos! Todos vosotros sois dignos de aprecio, pero sois unos desgraciados!

Lanzad una mirada para el interior de vuestros espíritus, como cuando las viejas se buscan pulgas en el seno: mirad bien vuestra conciencia, con las blancas antiparras de la imparcialidad, y decidme: ¿quién de vosotros no es, como el Profeta: «Candil de la calle y obscuridad de su casa»....?

Todos, hermanos míos:

Entráis, por ejemplo en una cantina. Un jovencito elegante y perfumado palmotea las manos llamando al mozo. Pide copas para todos: les obsequia puros: les insta á que repitan: paga sin que le tiemble la mano y dá al mozo, —que no ha tenido más trabajo que llevar una charola con copas, —20 céntimos de propina...!

Cualquiera dice: ¡Qué joven tan espléndido!

Pues ese, hijos míos, es «candil de la calle y obscuridad de su casa.» Ese, cuando su hermana, su mujer ó su madre le piden un miserable peso para algo urgente y necesario, responde con un gruñido, se enoja, grita, pateá, y exclama corajudo que «no es banquero ni monedero falso»!

Para su casa, hermanos míos, todos los ahorros, privaciones y pobrezas, mientras dá pródigas propinas á los mozos de cantina y emborracha con su dinero á la turba de amigos!

«¡Candil de la calle y obscuridad de su casa!»

Suponed ahora, hermanos míos, que váis á una fiesta cualquiera, un bailecito, merienda ó día de campo.

¿Veis á aquel joven que con todos habla, que es la alegría de la reunión y que pone en movimiento á toda la concurrencia.....?

¡Qué carácter tan alegre!

¡Qué ocurrente, que ingenioso, qué simpático!

Sin él aquello sería un velorio: con él nadie puede estar triste ni callado un solo instante!

Pues bien, hijos míos en Jesucristo. Aquel también es «candil de la calle y obscuridad de su casa».

La alegría, el buen humor, el ingenio..... todo para sus amigos! En su casa es un león: no habla una sílaba sino para regañar. Todo le parece malo: la hermana es una mártir: la madre una mártir. El Zar de Rusia es una mansa paloma á su lado!

Y cuando se habla de cuánto sufre su familia con él, los que lo conocen se ríen con incredulidad! Es imposible: si es un hombre que no puede estar triste ni quieto un instante!

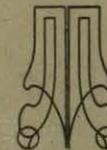
Estos son, hermanos míos, «los candiles de la calle».

Para los de afuera, dinero, alegría, ternuras y caricias. Para los de casa, tacañería, gestos, gritos, corajes y araños!

Cuán raro es el hombre que es «candil de su casa y obscuridad de la calle»... No. Eso nunca.

Pero el consuelo que me cabe es que la mayoría de los que me escuchan, si tal hacen y no se corrijen, se irán al *cazo mocho* con todo y zapatos. *I'VE!*

Como á todos os lo deseo.....!



LAS MAMAS Y LOS HIJOS.

Hay mamás que no debían salir nunca á la calle con sus hijas, mientras éstas son casaderas, porque no hacen más que espantar las ganas matrimoniales al más planchado. Mamás que son fiel y espantosa caricatura de la joven fresca y bonita que es su retoño.

Parecen decir la frase filosófica de la calavera: «*Como te ves, me ví: como me ves, te verás.*»

La muchacha gordita y sonrosada como una manzana: la vieja panzona y amarilla como una balsa.

La niña con un bocito débil sobre el rojo labio: la vieja con sucios pelos de bigote y patillas.

La sílfide con un lunarcito muy cuco en la mejilla: la vieja con una respetable berruga peluda en igual sitio.....

Es el tiempo que todo lo deforma y marchita.

Y cualquiera exclama para sus adentros: «¿Cómo voy á casarme con esta linda muchacha, sabiendo que de querubín se transforma en espantajo, como debe haberle pasado á su horrible mamá?»

Este es el secreto de que muchas muchachas, estando muy apetecibles, se quedan en el apartado: la mamá le espanta las ganas al más hambreado!

*

Hay también mamás, sobre todo entre las más jóvenes y cuadradas, que gustan de salir á la calle con sus retoños de la mano, más por afán de exhibición, que por desear su compañía.

El hijo es, entonces, el termómetro que indica si la mamá es hacendosa y lista de manos ó si es cuachalota y floja.

Hay chamaquillos que salen á la calle como unos rorros, limpios, aseados, llenos de moños y listones, colocados con cuidado y con gracia.

Es que ahí, con ellos, vá el alma cariñosa y sonriente de la madre, que solo piensa en su hogar y en su hijo, y lo llena de adornos, y pone en él toda la gracia hacendosa de sus hábiles manos.

La gente sin decirlo, sin saberlo casi, vá formando así la reputación doméstica de la mamá: por la manera como ve á sus chiquitines en la calle.....

*

Y hay otras que elegantes, tiasas, perfumadas, salen de paseo siempre solas, exhibiendo el manjar codiciado y prohibido de su hermosura, solo por el gusto de saborear al paso, el cuchicheo admirativo: ó la mirada amorosa: ó el piropo atrevido.

¿Tiene hijos? Sí y un verdadero racimo. Pero jamás los saca, y ella sola ó con su pobre cónyuge, sale de paseo, elegante como una princesa, perfumada como una rosa!

Pero... ¡ay amigos míos! Si queréis conservar la ilusión agradable de aquella mujer radiante, que habéis admirado al cruzar una bocacalle ó al encontrarla en un paseo, no asoméis las chatas por su casa! Allí veréis á sus hijos sucios, percutidos, sin zapatos, jugando en el lodo, revolcándose entre las mactetas: las narices pidiendo á gritos un pañuelo: la enmarañada cabeza implorando la necesidad de un peine: todo en una anarquía, peor que la anarquía política que nos amenaza.... (E.L.)

Y cuando alguna vez sale con ellos, en parvada, ó con alguno de la mano, lleva en la cara un gesto de disgusto, como si aquel inocente percutido nublara en algo sus glorias de mujer elegante: como si aquel guñapo de zapatos rotos y vestido remendado, no fuera gritando á todos los que lo miran: «Mi mamá, ésta elegante que conocéis en la calle, jamás se ocupa ni de su casa, ni de sus hijos, ni de su marido: «Una cuachalota!»



CARTA DE DON PORFIS A DON PACO.

Bendito sea usted, amigo Don Paco, y bendita sea su madre, como dicen en España, y otras siete generaciones para atrás y otras siete para adelante!

Bendito sea usted que me arrancó con todo y raíces de la silla presidencial, y echándome para este mundo llamado *viejo*, donde para mí todo es *nuevo*, me hizo un hombre feliz!

¡Soy feliz! Es quizá la primera vez en mi vida que puedo decir esto á boca llena: soy feliz! Vivo en Suiza. Alquilo, como cualquier hijo de vecino, una hermosa casita, en la cumbre de una colina, desde donde se domina el amplio y hermoso Valle. Me recuerda á mi hermoso Chapultepec. Allí tengo todas las comodidades en miniatura: la casa poseé un jardín, siempre lleno de flores. El bosque está á un paso y en los corrales criamos gallinas y puercos: lo primero para acordarme siempre de mis queridos conciudadanos y los segundos para no olvidar á los científicos,

Tenemos también una gran vaca Suiza—¡suiza legítima, dígame si nó!—con unas ubres tan grandes que nos alimenta á todos, y todavía con la leche que sobra el chato Elizaga hace rompo. Me levanto muy temprano y voy á desayunarme al pié de la vaca. La ordeña una vieja de aquí, que en punto á ubres nada tiene que envidiar á la vaca. La vieja la ordeña hasta no dejarle una gota, al grado de que á veces no tiene el becerrito qué comer.

No sé por qué ayer, cuando la estaban ordeñando, me acordé mucho de mi querido México... ¡ay! ¡Cuánta leche daba: parecía vaca Suiza! Y cuán nutritiva: á cuantos engordó hasta hacerlos reventar...! No sé por qué, pero la vieja aquella se me figuraba á Limantour, por más que, —lo confieso,—son tipos muy diferentes! Es una hora de meditación patriótica la que paso viendo ordeñar, y hasta los bramidos del becerrito, cuando no le dejan ni una gota de leche, me recuerdan al pueblo, allá cuando comenzaba á gritar en los periódicos y en los Teatros, poco antes de que usted me echara abajo.

Después vuelvo á mi casa, almuerzo, y cuando este hermo-

so y rubio sol ya calienta, voy de paseo, á pié, con mi familia, por los campos y las calzadas, sin que nadie me rinda ni me moleste!

Yo conocía la felicidad de mandar; pero no conocía esta felicidad más grande: no tener á quien mandar.

Hoy hago lo que quiero, cuando quiero y como quiero. Y pienso en los tiempos pasados y me parece que fué una esclavitud muy larga; una cárcel de oro y seda que me tuvo prisionero 35 años!

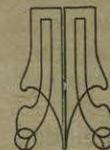
¡Oh, amigo Don Paco! No le guardo rencor. Quiera Dios que no se *empelote* usted de la Presidencia, porque más vale enamorarse de una monja del *salto del agua!* Yo estaba empelotado: usted me descorbó, no lo niego. Pero esas calabazas han sido mi felicidad!

Pensaba, amigo Don Paco, darle una receta muy eficaz para que pacifique ésa, cuanto antes. Dizque Zapata se ha metido á retobado! Esos son los que me gustan! Si no fuera porque ya estas líneas se alargan, hoy le hablaría de eso. Pero será en mi próxima que no se hará esperar.

Supe lo de Reyes. Creo que ahora, me concederán mis conciudadanos, cuando menos, que tuve *buen ojo médico!*

Adiós, amigo Don Paco, Dios le conserve la salud y le aumente la paciencia, para que al fin consiga pacificar el país con merengues y besos, según reza su democracia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



HERMOSURAS DE PUEBLO.

Dice el refrán que *ranchero en poblado, diablo desatado,* y esto es más exacto que los empleados de Gobierno, quienes como ustedes saben, llegan á sus oficinas media hora después de la en que debían.

En cuanto viene á vivir á la ciudad uno de esos ricachoncitos de pueblo, anda que no se aguanta: se creé capaz de cautivar á todas las bellezas; estrena dos vestidos á la semana: usa brillantes hasta en los dedos gordos: se cambia calcetines diario y gasta tantos perfumes que casi hasta apesta!

Son insoportables estos rancheros. No hablan más que de triunfos, conquistas y éxitos: y si no fuera porque suelen ser medio desprendidos para pagar las copas, no habría quien les hiciera compañía.

*

Bueno. Pues peores que ellos son las hermosuras de pueblo, cuando se trasplantan á las ciudades.

Sucede á menudo que el papá, por angas ó por mangas, se ve precisado á cambiar el pueblo ó el rancho por la ciudad, y carga con toda la familia, inclusive el perico y el perro, y se instala en un barrio, si es pobre, ó en una gran casa si fuere rico.

La muchacha, que no había tenido más novio que el Secretario del Juzgado, ni había oído más flores que las del peluquero y una que otra del sacristán, no sabe en realidad lo que pueden valer unos ojos negros, una carita graciosa, ni una boquita risueña y colorada.

Pero en cuanto llega á la ciudad y se dá dos vueltas por los portales, y oye un diluvio de flores, y ve cómo se les cae la baba á todos, y observa que al irse á su casa lleva detrás cuatro ó cinco catrines que la siguen misteriosamente, como si fueran de la secreta, pára oreja y comienza á volarse!

Excuso decir á ustedes que al pobre Secretario del Juzgado, —quien se quedó en el pueblo con juramento de venirse á la ciudad, —no vuelve á escribirle una letra y se pone colorada sólo de pensar que sus catrines trovantes fueran á conocer á su adorado!

Poco á poco, la hermosa de pueblo comienza á hacerse de amigas, algunas elegantitas y con dinero. A las muchachas bonitas, aunque sean tontas y pobres, las toman como elementos decorativos en fiestas y reuniones, ó como una compañía de buen tono, que atrae miradas y suele, por compromiso, acarrear novio para alguna rica fea!

Y aquí es donde la hermosura de pueblo se descompone!

¡Pobre papá, ganando cien pesos mensuales, y comprando sombreros de plumas de á cincuenta!

¡Pobres estómagos, sacrificados para poder dar á basto á las exigencias sociales de la hermosura de pueblo, que cada día tiene más demanda, entre los pollos como novia, y entre las ricas como invitada!

¡Pobrecita! El torbellino de la vanidad la arrebató. Ya se avergüenza de las pobreza de sus padres y de las necesidades de su hogar.

Se pinta los ojos, la boca, las mejllas, porque quiere cada día estar más linda!

El huérfano sombrero y el huérfano vestido, andan al tortero, porque ya le parece desdoro andar de chall!

Si tiene abrigo, anda tapada hasta las orejas aunque haga más calor que en el Purgatorio!

Y hay que verla en los salones, con su tipo de princesita, mordiéndose los labios, entornando los ojos, jugando las manos, enloquecida con la obsesión de su hermosura!

¿Quién va á reconocer en aquella damita elegante y fina á la pobre muchacha, vestida de percal, novia del Secretario del Juzgado, en aquel pueblo triste y arruinado....?

¡Nadie!

Ella misma se siente otra, como si sus pobreza íntimas de ahora y de antes, fueran una leyenda!

Pero compadezcamos á esas pobres bellezas de pueblo! Acaso allá, cuando era hermosa sin saberlo, habría encontrado un hombre que la amara de corazón y la hiciera suya para siempre; pero ahora, lujosa, petulante, pagada de sí misma y pobre hasta la médula del corsé, hallará muchos que la besen, mientras tenga los labios frescos y rojos: muchos que la amen, mientras sea joven y bonita: pero ¡ay! de ella cuando llegue el invierno, ese invierno desolado y frío, en que solo consuela el sol caliente del amor!

LAS POSADAS.

Hay muchachas que quisieran que Dios hubiera nacido siquiera unas tres veces al año, para que otras tantas hubiera de celebrarse su natalicio con las *posadas*.

El nacimiento del niño Dios sirve de pretexto para la sarta más hermosa de juergas que hay en el año. Juergas de todos calibres, pelos y colores.

Y las *posadas* tienen sus encantos particulares.

Casi siempre la parte devoto-religiosa se encomienda á las niñas que ya no tienen esperanzas de novio y á uno que otro pollo, de esos cuya política consiste en "agarrar de las arcas" á las viejas, para luego conquistar el amor de las muchachas.

Estos son los que se encargan de rezar el rosario, y pedir á toda prisa *posada* para el pobre niño Dios, que por lo común lo acuestan adentro de un chiquihuite, donde no estorbe.

Y rezan con mucha devoción:

«Padre nuestro que estás en los cielos. . . . Mire Tomasa, abra el cancel que *ahí* está ya el del violón. . . . santificado sea tu nombre. . . .»

O bien:

«Santa María, madre de Dios, . . . Nicolasa, bátale al ponche porque se quema. . . . ruega señora por nosotros. . . .»

Por supuesto que la madre de Dios, el Hijo y hasta Dios mismo, han de reírse desde allá arriba, al contemplar aquella comedia de oración, en la que nadie sabe lo que está hablando y en que los toman como pretexto para la más mundana y hermosa de las fiestas.

Al terminar el rezo comienzan á llegar las pollas á borbotones. Las *Dublín*, que son tres hermanitas como tres capullos y á quienes se disputan los bailarores. Rosita Gómez, cuya mamá bebe del llorón, y llora todas las noches. La hermosa Laura que baila muy repegada. Concha, la de los lunares, que es un monumento. . . . Una legión de muchachas, todas bien puestas, aunque sin lujos, ni ostentación.

Los pollos, con los zapatos muy dados de *cháin*, la cabeza muy relamida, el cuello más blanco que una hostia, todos creyendo llamar la atención, se amontonan bajo el arco del corredor que dá al patio, convertido en salón de baile. . . .!

La música se arranca con un *Two-step*. Desde ese momento nadie vuelve á acordarse de que vá á nacer el niño Dios. Tal vez ni de Dios se acuerden. . . .

Todo es baile y amor.

¡Y el pobre *niño Dios*, olvidado en la última pieza, acostado sobre una charola, con las piernitas encogidas y las manitas en alto, alumbrado devotamente por dos velas de sebo!

Allí pasa la noche, mientras el jaleo de la juventud aumenta bajo un cielo lleno de estrellas!

Pero sin duda que lo más encantador de las *posadas* es el final. Los últimos días. Cuando después de siete ó nueve noches de verse á diario, de platicar y de bailar, se han aclarado simpatías y un suave soplo de confianza y familiaridad vaga en el ambiente.

Todos se hablan por sus nombres, bromean, se gritan y muchos hasta han roto el turrón.

—No se te olvide, María. *La Viuda Alegre* conmigo.

—Como no dices que mejor la danza! Esas son de Lola, ¿verdad?

Lola es la novia: y es uso que las danzas, lentas y apacibles, se bailen siempre con las novias.

Ya en los últimos días de las *posadas* se han hecho cuatro ó cinco pares de novios. A fuerza de verse han acabado en lo que tenían que acabar.

Por eso las últimas *posadas* son cuestión de amanecidas. Los más confianzudos ya se hablan con las *mamáses* como si fueran de casa. En cuanto se quieren ir, les quitan los chales y á menudo suele perderse la llave del zaguán, con gran alegría de todos los bailarores!

Pero qué triste es la despedida, la última noche.

Se sienten ganas de llorar. Amistades que van á enfriarse para siempre. Cariños que apagará la ausencia. Simpatías que se alejarán irremisiblemente. ¿Cuándo volverán á juntarse así, durante nueve noches de alegres *posadas*?

Y mientras va uno por la calle, solo, tiritando de frío, con la solapa del sobretodo hasta las orejas y las manos en los bolsillos, suele uno pensar en cuán necios somos los humanos: aun para ser felices, necesitamos echar mano de un pretexto!

CUYUTLAN Y EL AMOR.

¡Once horas de camino!

Once mortales horas de camino, cómoda y muellemente sentados, sin haber pegado los ojos en toda la noche, sin más alimento que una jícara de tuba tomada en Colima, á toda carrera; fastidiados, molidos, dados á Gestas.....!

—Cuyutlán!

El grito ayankado del prieto garrotero, que de ordinario me choca, ese día me sonó á gloria!

¡Cuyutlán! Al fin habíamos llegado! Algunos, rendidos por la fatiga, dormían aún, hechos rosca en los asientos, con el sombrero sobre los ojos, la boca entreabierta y babeando, y con ese simpático aire de apacible estupidez que toman los desvelados cuando duermen. Todos nos poníamos en pié, lanzábamos un resoplido muy hondo, nos sacudíamos el polvo, y petaca en mano nos disponíamos á dejar el carro cuanto antes!

El ambiente olía á mar.

Casi nos parecía oír el tumbo de las olas! Y el entusiasmo de lanzarnos al agua cuanto antes, nos hizo olvidar en un segundo las fatigas y sinsabores del viaje!

Enterrados hasta los tobillos en la arena íbamos á asaltar el tranvía que debería llevarnos hasta el Hotel.

Una hora después nos hallábamos ya frente al mar, en pleno Cuyutlán.

Dejemos para otro día el pintoresco relato de la vida encantadora y peculiarísima que se lleva en ese balneario. Necesito digerir el atracón de bienestar que acabo de darme. Que pase tiempo para que las impresiones se definan. Los que acabamos de regresar de la excursión, no podremos ni explicar los encantos de nuestro viaje y nos contentamos con decir:

¡Delicioso!

Por esto es que por ahora quiero solamente estudiar, en la forma más seria posible, las misteriosas relaciones que ligan la vida de Cuyutlán con las pasiones amorosas!

*

Comenzaremos por el pudor y la *sed de panoramas*.

Por acá en las ciudades, cuando paseamos por las calles ó divertimos el hastío en el salón de una cantina, no podemos ver que asome una pierna femenina, forrada en sutil media, ocho dedos arriba del nivel de los choclos, sin volvernos locos de emoción. Se nos seca la boca, nos tiembla el sombrero y nos brillan los ojos. ¡Estamos gozando! ¡Qué pierna tan linda!

Las señoritas, á su vez, si por evitar el polvo ó el lodo ó por mero gusto se levantan la falda dejando ver hasta la ebúrnea pantorrilla, reciben un pellisco de la mamá, y coloradas de vergüenza cubren sus encantos!

¿Por qué siendo esto así, en Cuyutlán, donde la que menos enseña lleva al aire hasta las corvas, ni nos emociona á los machos, ni enfullina á las mamases ni sonroja á ellas mismas....?

Allí se enseñan las piernas con la misma naturalidad que los brazos.

Y ojalá que allí parara la cuestión de la enseñanza. No señor. Hay olas tan revoltosas, tan faltas de educación, con tan pocos miramientos para el bello sexo, que arrollan y paran de cabeza en la arena á los bañadares y muy especialmente cuando son del sexo débil!

Excuso decir á ustedes lo que se mira! Y sin embargo todos tranquilos.....menos el mar!

Es aquello una especie de *paso atrás* rumbo á la época paradisiaca. Nada nos excita, nada nos emociona!

Yo ví que una ola le quitara los calzones á uno de los más gordos excursionistas y no hubo quien cerrara ni un ojo!

En cambio, á la hora de un tumbo, una señorita que se bañaba á mi lado, lo suficientemente bonita para enloquecer á cualquiera, se me montó á caballo en el cogote y no me dijo ni "usted dispense". Se rió y ya.

Sí: allá las pasiones eróticas duermen siesta. Al menos á la hora de *torear* á las olas!

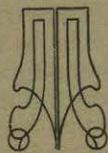
*

Desde otro punto de vista, los baños de mar también se relacionan con el amor.

Caballeros elegantes, á quienes vemos siempre vestidos correctamente, toman un aspecto deplorable, forrados con su traje de baño, flacos, peludos, con un espinazo que parece cerrucho: las uñas de los piés que se antojan para hacer peinetas y las piernas chuecas y huesudas.

¿Pero será este,—se pregunta uno,—el tipito elegante y acicalado que explota el físico en los portales y en las serenatas.....?

Y zambuyéndose el espíritu en más hondas meditaciones, se piensa en cuántas ilusiones amorosas tendrán como tumba las playas del mar, y cuántas novias habrán cambiado de pensamientos al ver que su elegante novio, cuando no se deja más galas que las de la naturaleza, toma un parecido muy marcado con los cangrejos.



POBRECITAS VENTANAS....!

La prosa mata á la poesía.

¡Pobrecitas ventanas! Abandonadas, tristes y solas, suspirais por aquellas épocas felices en que érais las confidentes íntimas de las parejas enamoradas, las únicas testigos que oíais sus quejas, algunas veces sus besos, y casi diario sus dulcísimos pleitos de amor....!

En efecto. Por tuerto que sea cualquier observador, habrá podido convencerse de que las pobres ventanas caen en un desuso espantoso.

Hace todavía algunos años, salía usted á vagabundear por esas calles, y no había cuadra en que no encontrara, cuando menos una pareja pelando la pava! Era la nota poética de nuestras costumbres. El galán, al pié de la reja, en una posturilla de tenorio de barrio, y ella, coquetamente ataviada, muy cerca de la reja, casi siempre sonriendo, feliz al escuchar el cuchicheo amoroso, dicho en secreto, sin que nadie más que la reja misma pudiera enterarse!

¡Eso era bonito! Los poetas mismos, que se la dan de diablos para olfatear la belleza en las cosas de la vida, compusieron poemas y hasta sonetos tristes á esa poética ventana, donde los novios, reja de por medio, se decían sus cosas de amor, en medio de una felicidad que causaba envidia á los que pasaban á su lado!

Hoy es otra cosa.

Las ventanas cerradas, ó abiertas y solas. A veces, asomándose por ella una gata horrible, que espera á su novio cochero. O un viejo reumático, sucio y tosijoso, arrimado ahí, á la ventana, para ver pasar la gente.

Pero ventanas sonrientes con la linda tapatía, ataviada con flores, que enfurruñada espera al novio inconstante, ya no hay. La costumbre se ha perdido. Y los pintores y los poetas deben archivar estos cuadros como de cosas que han pasado á la historia.

*

¿Es que ya se han acabado los novios? ¿Ya no hay pare-